

# Prólogo

“... apenas una franja estrecha,  
una nueva tierra de nadie,  
que permanecerá así  
mientras no llegue el momento  
de pasar a la tercera fase.”

José Saramago

*La Caverna*

En su ya no tan corta trayectoria, ***Asiadémica: revista de estudios sobre Asia Oriental*** ha navegado casi permanentemente las tormentas y agitadas aguas de diferentes crisis, hogaño la del COVID-19, “en busca de nuevos puertos”, como dejó por escrito su primera editorial. Y lo ha hecho a imagen de los

jóvenes –y no tan jóvenes– estudiantes a los que generosamente brinda un espacio de publicación, sin dejar, me consta, de exigirles un muy necesario rigor. La revista comienza a gestarse, de hecho, como un preclaro anticipo: el año 2012, el de su debut, supuso el cénit de los efectos de la crisis financiera internacional de 2008, la de las hipotecas *subprime*, en España, lo cual, lógicamente, tuvo enormes consecuencias negativas sobre el sistema universitario y sus oportunidades. El resto, como reza el tópico, es historia.

Una historia muy reciente, no obstante, de deudas odiosas, de cascada de impagos familiares, empresariales, bancarios y estatales. Habíamos “vivido por encima de nuestras posibilidades”, dijeron. Proyectada desde los centros del poder político y económico de Europa y más allá, y desplegada por los medios de comunicación, la narrativa se cernió particularmente acusatoria sobre la periferia mediterránea, sobre su desatada concupiscencia de sol y playa, de la haraganería y la improductiva alegría de vivir. Porcina concupiscencia debió ser aquella, si atendemos al tan difundido como hoy convenientemente olvidado acrónimo PIGS, calificativo derogatorio con que diarios como los británicos *Financial Times* (“Pigs in muck”, 31 de agosto de 2008) o el estadounidense *Newsweek* (“Why PIGS can’t fly”, 28 de junio de 2008) empaquetaron las muchas faltas de Portugal, Italia, Grecia y España. Poco conocido es, sin embargo, cómo el uso del término PIGS para clasificar a los países de la Europa Mediterránea se remonta, de hecho, a los 70, otro tiempo de notables cambios y recesiones, que habría de suponer el auge definitivo del capitalismo de corte hiperfinanciero y neoliberal en que flotamos. Sin duda, resulta posible identificar en aquel acrónimo señas del actual debate sociopolítico global, a saber: populismo y legitimación, estereotipación y deshumanización, culturización política de las crisis sistémicas.

Me permitirá el lector –pronto sabrá porqué– continuar con este argumental meandro (nombre propio de un río particularmente sinuoso de Asia Menor) y saltar del Mediterráneo al Mar de la China, al “Mediterráneo del Asia Oriental”, por usar una analogía que manejan destacados académicos.

Dr. Eduardo González

Sociólogo, investigador visitante en el Centro de Estudios de Asia y África de El Colegio de México, y miembro del Grupo de Investigación GREGAL (Circulación Cultural Japón-Corea-Cataluña) del Departamento de Traducción e Interpretación y Estudios de Asia Oriental de la Universidad Autónoma de Barcelona.

Especializado en la historia cultural de las artes marciales del Asia Oriental, particularmente el karate, y los estudios sobre Okinawa.

Quisiera llevarle a un pequeño archipiélago en el extremo sur de Japón, donde se concentran buena parte de mis intereses de investigación: Okinawa. Antaño una monarquía semiindependiente conocida como el Reino de las Ryukyu (1429-1879), a finales del siglo XIX estas islas fueron forzosamente anexadas por las políticas modernizantes e imperialistas de la restauración Meiji. Es en dicho contexto que comienza a sedimentarse en Japón una imagen peyorativa de Okinawa en tanto que una periferia tropical y atrasada, de gentes poco inclinadas al trabajo, que practican cultos arcaicos, idiomas singulares, y costumbres escasamente refinadas como, por ejemplo, un importante consumo de cerdo. Tal particularidad dietética, extendida entre comunidades isleñas situadas a lo largo de la corriente marina del *kuroshio*, desde Taiwán hasta la isla de Jeju en Corea, se advierte íntimamente ligada a la poca disponibilidad de tierras fértiles y aguas dulces, y termina por imbricarse con firmeza en ritos de la cultura tradicional okinawense. De este modo, el cerdo se sacrifica en rituales religiosos destinados a ahuyentar espíritus pandémicos, o su carne, repartida y consumida, protagoniza celebraciones comunales, actos simbólicos que llaman a la bonanza y la fortuna. La peculiar cultura del cerdo de Okinawa se descubrió como uno de los marcadores distintivos que sellaban la posición de inferioridad del archipiélago sur dentro del moderno estado-nación japonés.

El cerdo se asocia culturalmente, en diferentes geografías, al acopio y la abundancia, pero como nos recuerda el caso de los PIGS, también con lo bajo, la gandulería, la apetencia desmedida y la suciedad. Ese contínuum semiótico cerdo-holgazanería-retraso-pobreza pudo esgrimirse, con más de uno siglo de diferencia y más de diez mil kilómetros de distancia, para articular simbólicamente, tanto en Asia como en Europa, dialécticas jerárquicas entre centros y periferias; cubriendo todo tipo de aspectos económicos, culturales, sociales y políticos. Estamos ante un elocuente recurso discursivo que es asimismo una economía moral y una moral económica.

Alrededor de lo que pudiera parecer una anécdota inconexa he querido construir un pequeño ejemplo, un caso que ilustra la pertinencia de incorporar múltiples perspectivas y aproximaciones comparatistas en las metodologías de los Estudios de Asia Oriental. Antes de continuar con ello, quisiera apuntar brevemente una derivada de lo hasta aquí expuesto.

En el presente, Okinawa es la más pobre de las prefecturas de Japón. En 2016 la renta per cápita se situaba en un 70% de la media nacional, no muy lejos, sin embargo, del 75% de regiones como Kagoshima, Nara o Nagasaki. La tasa de paro era la mayor del país, doblando prácticamente los números de la región de Kanto. Con todo, la situación socioeconómica de Okinawa continúa mejorando significativamente, en especial durante las últimas décadas. Durante 2016 la prefectura experimentaba el sexto mayor crecimiento económico (3.6%) de entre las 47 regiones japonesas, mientras que el desempleo rondaba un escaso 5%, cifra aún más destacable si tenemos en cuenta que se combina con la mayor proporción de población juvenil a nivel nacional. Ello no significa que las viejas trazas de discriminación étnica y cultural hayan desaparecido completamente. Copadas de estampas paradisiacas, de playas y resorts de lujo, de diversiones, *slow life*, felicidad, cocina étnica –con el cerdo como uno de los ingredientes principales–; las *iyashi no shima* (lit. islas de curación, terapia, confort) del sur de Japón conservan un estatus contradictorio, forman un “otro” no plenamente japonés. Tales multivalencias de la posición de Okinawa dentro de Japón –normalidad/exotismo, lujo/atraso, productividad/pobreza, trabajo/felicidad– resultan actualmente, en buena medida, de un plan público-privado de turistificación y singularización iniciado en los 70, aún bajo mandato estadounidense, y que calcó de forma expresa el prototipo hawaiano. No resultará difícil para el lector, tampoco en esto, recuperar algunas imágenes representacionales de las principales geografías insulares mediterráneas, ni de sus modelos de desarrollo económico.

Tengo la firme convicción metodológica de que los Estudios de Asia Oriental, disciplina fuertemente condicionada por los conceptos de área y especialización, pueden beneficiarse enormemente de perspectivas comparatistas, que nos persuaden de explorar nuevas tesis y lindes. Los artículos de este número 16 de *Asiadémica* son una buena muestra de ello, pues abarcan temas que van desde la situación del veganismo en el Japón actual, hasta el cristianismo nestoriano en la Ruta de la Seda, desde el colonialismo alemán en zonas portuarias del norte de China, a la Guerra Imjin del siglo XVI en Corea.

La literatura comparada, la historia global, los estudios culturales e interculturales, o las sociologías conectadas, en su intersección con los Estudios de Asia Oriental, nos conminan a no perder de vista elasticidades semánticas, a elongar categorías, a flexibilizar posicionamientos, a añadir nuevas y sucesivas unidades a cadenas de significantes en nuestros análisis, sin renunciar por ello a la precisión. Al contrario, la obligan. Nos alejan de los peligros del cierre disciplinario e ideológico, así como de las estáticas sombras que el dualismo de herencia cartesiana continúa arrojando sobre objetos, sujetos y procesos de estudio legítimos y legitimados.

En su día, el sociólogo francés Pierre Bourdieu apuntó muy acertadamente lo que a primera vista pareciera un contrasentido: “el elemento objetivo de incertidumbre” consustancial a toda realidad social y cultural. Es precisamente en torno a dicha indeterminación procesual, necesariamente dependiente del futuro, que aparecen grietas en las lógicas dominantes de la reproducción social. En tales junturas se muestran, por tanto, la pluralidad de visiones del mundo y de puntos de vista. Emerge la condición de posibilidad de la agencia, de la reinterpretación de conceptos, sentidos y saberes; la coyuntura de alumbrar dialécticas no jerárquicas que, sabemos, han existido históricamente entre centro y periferia. Con todo, en las luchas por el poder simbólico, esas aberturas de la reproducción social y cultural son también el laboratorio en el cual los vectores material e ideológicamente hegemónicos observan y absorben, para incorporar como socias a su servicio, aparentes pero transmutados, lo que ayer fueran antagonismos. La clásica paradoja lampedusiana (otra isla), el gatopardismo, nos previene contra cándidas ingenuidades, y nos alerta acerca de las complejidades operativas de unos poderes que refinan sus tácticas discursivas extremadamente bien, hasta el punto de llegar a cegarnos a ellas, mismamente, mediante lo que un día pudimos creer resistencias.

Animo a los estudiantes e investigadores que leen y publican en *Asiadémica* a continuar asumiendo tales desafíos –interculturalidad, comparatismo, gatopardismo– para “sorprender a la realidad”, como decía el escritor y sociólogo Francisco Ayala; una cuestión nada sencilla o menor. En el reto y el esfuerzo hallaremos el premio.

Así lo están encontrando Jordi Serrano Muñoz y Jonathan López-Vera, editores de *Asiadémica*, a quienes doy las gracias por invitarme a escribir este prólogo. Partiendo de un tiempo de crisis tremenda, llevan nueve años volcando su continuo denuedo e ilusión en la inestimable propuesta de conocimiento, diálogo y reflexión que tenemos entre manos. No podemos más que corresponderles con un sincero agradecimiento y una encarecida felicitación. Recuerden que nos encontramos, hoy, ante la única revista académica en activo dedicada al conjunto de Estudios sobre Asia Oriental de todo el ámbito universitario español.

Ciudad de México, 28 de marzo de 2021